

HISTORIA

Biblia y traducción (20): «Tierra que mana leche y miel»

Por Juan Gabriel López Guix

«Y descendí para librarlo de manos de los egipcios y para llevarlos de esa tierra a la tierra buena y ancha, tierra que mana leche y miel» (Katznelson): tal es la promesa formulada en Éxodo 3:8 por Yahvé a su pueblo cuando se le aparece a Moisés en el monte Horeb.

Esta imagen tan expresiva y susceptible de ser captada con una inmediatez tan intensa podría presentarse como una prueba de la incertidumbre fundamental que subyace en la empresa traductora: en contra el impulso reflejo del lector moderno, la leche sería en ese contexto veterotestamentario leche de cabra, y la miel, según ha considerado la exégesis tradicional, miel de dátíl (los dátiles se hervían y el líquido resultante se mantenía a fuego lento hasta conseguir un denso almíbar).

Las palabras *zavat halav u-devash* (que la Biblia de Ferrara tradujo, una palabra por otra, «manante leche y miel») se han interpretado tradicionalmente como una metáfora estereotipada de la fertilidad de la tierra, sin la cual no pueden darse esos productos. La yuxtaposición de la leche y la miel aparece en diversas ocasiones a lo largo de la Biblia, por lo general en referencia a la Tierra de Promisión. Un caso especial es Cantar 4:11: «Miel virgen destilan tus labios, esposa; miel y leche hay bajo tu boca». «Miel virgen» especifica aquí la traducción de Nácar-Colunga, añadiendo un adjetivo que, aplicado a la miel y a la «esposa», intensifica el encuentro amoroso. De modo curioso, en el paraíso musulmán se funden estos significados, pues en él fluyen ríos de leche y miel (y de vino que no embriaga) y abundan también las huries perpetuamente vírgenes. Encontramos aquí las ideas de morada celeste y prosperidad poderosamente unidas a las de fertilidad y sexualidad, en un rastro difuso procedente, en realidad, de épocas anteriores a las religiones del Libro y transformado a lo largo del tiempo y las culturas.

Y es que, en el plano de la literalidad, la hermosa imagen de una tierra rebosante de leche y miel guarda una sospechosa semejanza con un fragmento ugarítico: «los cielos llovieron aceite / los ríos fluyeron miel» (KTU 1.6 III), perteneciente al *Ciclo de Baal*. Dichas tablillas se descubrieron en 1929 en Ras Shamra (la antigua Ugarit) y se han fechado en los siglos XIV-XII a. e. c. En el contexto original, los versos remiten a Baal, dios de la tempestad asociado con la fertilidad de la tierra, y aluden a su vuelta a la vida tras su aparente muerte en una teomaquia. Siglos después Yahvé se apropiaría de sus capacidades fertilizadoras, como también le hurtaría el espléndido título de «jinete de las nubes»: «Exaltad al que cabalga sobre los cielos» (Salmos 68:4).

En términos simbólicos, resulta tentador relacionar la imagen meloláctea con una especie de «alfa y omega» *ante litteram*, con la leche como elemento nutricional y seminal, y la miel —utilizada desde tiempos remotos por sus propiedades medicinales y religiosas (el cadáver de Alejandro Magno se transportó desde Babilonia en un recipiente lleno de miel)— como recordatorio de la muerte y la perduración, en última instancia, también de la vitalidad.

La traducción es un ejercicio de mutaciones, ganancias y pérdidas, de nacimiento y perduración, de transformaciones a lo largo de la historia y de cambio en las palabras y en las interpretaciones. En septiembre de 2007, el Instituto de Arqueología de la Universidad Hebrea de Jerusalén hizo público el descubrimiento en Tel Rehov, en el valle israelí de Beth Shean, de un apiario de adobe que, según se estima, contuvo un centenar de colmenas y que los arqueólogos fechan en torno a los siglos X-IX antes de nuestra era, de forma contemporánea al reinado de Salomón.

[Ver todos los artículos de «Biblia y traducción»](#)